

PABLO ROCCA

# La experiencia hispanoamericana de Antonio Candido

*Una tarde de septiembre de 2004 el teléfono sonó en el hotel en el que me alojaba en São Paulo. Dormía y después del fuerte timbrado oí una voz que pidió hablar conmigo, y que se identificó como la de Antonio Candido (Río de Janeiro, 1918-São Paulo, 2017). Cuando me despedí y me di cuenta de que la broma, en ese lugar y con esa voz, era imposible, me sobresalté en serio. El profesor Candido, para entonces con ochenta y seis años de edad, atendiendo a la cordial intermediación del doctor Jorge Schwartz, me invitaba –siempre y cuando me fuera posible, dijo– para que lo visitara a primera hora de la tarde en su casa, al día siguiente, sábado 25 de septiembre. Me encontré con el profesor Candido, hasta 2012, cinco veces más en los años siguientes, en una de esas ocasiones en Montevideo –adonde no había regresado desde 1960– cuando se hizo la entrevista. Esta se había prolongado mucho más de lo previsto por mí a lo largo de cuatro horas. El diálogo fue grabado hasta que me alcanzaron mis dos casetes, pronto lo transcribí, lo entregué a la dedicada revisión de Virginia Machado y se lo remití al entrevistado.*

*El 12 de julio de 2005, en un nuevo encuentro en São Paulo, el profesor Candido me anunció el envío de una versión más*

*extensa de aquella entrevista. Una semana después recibí el texto mecanografiado por él a dos espacios, con algunas correcciones manuscritas, en catorce folios tamaño carta. En esta versión agregó numerosos datos y opiniones articulándolos según el orden de su prodigiosa memoria. La entrevista, en suma, se metamorfoseó en cuestionario, por más que quedó un borrador por momentos de ostensible tono oral.*

*El que sigue es, en suma, el texto definitivo. Como se verá, el centro acude a la experiencia hispanoamericana de Antonio Candido, en particular en su relación con la tarea crítica y el vínculo con sus contemporáneos en el oficio, sobre todo con Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal. Eso, sin desmedro de algunas preguntas –situadas al final– sobre otros aspectos, incluyendo las opciones teóricas de Antonio Candido y su visión de Mário de Andrade. El texto se publicó en portugués como anexo de mi libro, resultado de la tesis de doctorado en la Universidade de São Paulo, dirigida por el profesor Jorge Schwartz, que se titula Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal y el Brasil: dos caras de un proyecto latinoamericano (Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 2006). Asimismo, se reprodujo en el número de homenaje al maestro Antonio Candido, coordinado por la profesora Maria Eunice Moreira, de la revista Literatura e sociedade (2008). Nunca, hasta ahora, había salido en español.*

*Una observación final sobre la edición: decidí incorporar unas pocas notas, ausentes en las versiones en portugués, que señalan matices en relación al original cuando el entrevistado emplea unos pocos coloquialismos de difícil traslación; en otros puntos busqué complementar algunas informaciones que entiendo impres-*

*cindibles para aclarar y contextualizar lo dicho. En estos últimos casos tomo en cuenta, sobre todo, la documentación que era por completo desconocida en 2004, gran parte de la cual pudimos publicar, desde entonces, gracias a la autorización y el apoyo de Antonio Candido y de los herederos de Ángel Rama, en especial de su hija, la arquitecta Amparo Rama Vitale. La traducción de este texto me corresponde. Hacer esta extraña operación de llevar a mi lengua las palabras que viví en otra me confirman, ahora, la grandeza de este ser excepcional en tantos sentidos, que murió casi centenario el 12 de mayo del pasado año.*

Montevideo, abril de 2018.

P.R.: – *Usted permaneció unos días en Uruguay a comienzos de 1960. ¿Ese fue su primer viaje a un país de la América Latina?*

A.C.: – *Sí, y solo diecinueve años más tarde volví a visitar otro, Cuba, donde estuve durante casi un mes en 1979 y en 1981, además de otra semana en 1985. Aproveché en esta última oportunidad para hacer escala en Ecuador y tres veces en Perú, donde pasé unos días, visité el interior e hice buenos amigos. En México estuve cerca de un mes en 1980, pero por Buenos Aires solo pasé en una escala del vuelo de 1985. Entre los países latinoamericanos, con el que tuve siempre, aun indirectamente, mayor vínculo espiritual fue con Uruguay, a causa de un episodio en la vida de mi padre, Aristides Candido de Mello e Souza.*

*En el año 1908 el Ministerio de Relaciones Exteriores envió a Uruguay una misión de estudiantes, entre los cuales estaba mi padre. Viajaron con pasaporte diplomático y generosamente provistos*

con libras esterlinas de oro. Montevideo tenía más o menos trescientos mil habitantes y los muchachos fueron muy bien recibidos por la sociedad local, que era refinada y acogedora según decía mi padre, entonces joven estudiante de medicina de veintidós años. En cierto momento, el jefe de la misión le encargó un discurso protocolar. Como a veces ocurre en la vida, estaba inspirado y le salió bien; tuvo éxito y hasta causó cierta impresión. Eso le valió un reconocimiento que se tradujo en relaciones cordiales y en la oferta de libros. Aún tengo una tarjeta del ilustre Juan Zorrilla de San Martín para el «talentoso joven Aristides Mello». Aparte de eso, Zorrilla le entregó con amables dedicatorias sus libros *Tabaré* y *Resonancias del camino*. Mi padre estableció contacto con Carlos María Prando, quien le obsequió con una larga dedicatoria *Motivos de Proteo*, de José Enrique Rodó;<sup>1</sup> con Pablo Blanco Acevedo, quien también le dio dedicada su historia sintética de Uruguay; lo mismo hizo el poeta César Miranda con su *Leyendas del alma*. Cuando fui a Montevideo, más de medio siglo después, tuve el placer de encontrar aún a quienes se acordaban de mi padre y hablaban de él con cariño. Esa experiencia de juventud lo marcó profundamente y él siempre la evocaba, con lo cual creó en nuestra casa una especie de simpatía singular por Uruguay. Por eso tenía muchos deseos de conocer ese país, de ahí que acepté de inmediato la invitación para dictar un curso, aun sabiendo que no estaba a la altura de la tarea.

1 Rodó estaba vivo en 1908 (morirá el 1 de mayo de 1917), y residía en Montevideo en ese momento, por lo cual hay que deducir que no concurrió a los actos o que el joven Aristides de Mello e Souza no lo conoció personalmente, aunque sí se encontró, como se ve, con un fervoroso admirador suyo.

Por otra parte, mi familia vivió una peculiar experiencia uruguaya en 1934, cuando el presidente Gabriel Terra vino a Brasil con una gran comitiva para tratarse de unas dolencias neurálgicas en Poços de Caldas, ciudad balnearia del estado de Minas Gerais, de cuyos servicios termales mi padre, ya especialista en reumatismo, en ese momento era el director. Los uruguayos permanecieron más de veinte días, asistidos por una misión especial del gobierno brasileño que puso a las órdenes del presidente a diplomáticos y militares. Mi padre fue designado representante del estado de São Paulo.

Terra era muy simpático y comunicativo. Vino con su esposa, una hija, dos hijos, su médico y ministro, el doctor Mañé Garzón, el senador Alberto Puig Larravide y otras personas, inclusive una señora mayor, nuera del presidente Juan Idiarte Borda. Ella le contó a mi madre que su suegro había sido asesinado durante una procesión religiosa.<sup>2</sup> Terra obsequió a mi padre, además de su retrato, algunos opúsculos de su autoría, uno de los cuales se refiere al Barón de Mauá, de quien era gran admirador y del cual –salvo confusión de mi memoria– descendía su esposa.

Ese fue un período de gran movimiento en la pequeña ciudad, con el himno nacional uruguayo ejecutado frecuentemente por la banda de música local, con espectáculos y competencias deportivas en homenaje al presidente. Mi madre ofreció un té en nuestra casa al presidente, su familia y

2 En efecto, a la salida de un Te Deum, en plena guerra civil, el presidente constitucional Idiarte Borda fue asesinado por el joven Avelino Arredondo el 25 de agosto de 1897. Borges ficcionalizó el episodio manteniendo la lealtad en relación a muchos episodios, aun nimios, en el cuento «Avelino Arredondo» (*El libro de arena*, 1975).

todos los miembros de la comitiva, al que también compareció el embajador uruguayo en Río, que acababa de llegar a Poços de Caldas. Era pariente de Pablo Blanco Acevedo y después de alguna vacilación mi padre y él se reconocieron y evocaron los encuentros de 1908, cuando los dos eran estudiantes. Esas cosas dan una idea de la presencia de su país en nuestra casa.

A comienzos del año 1950 estuvo en São Paulo alguien con quien me relacioné: Cipriano Santiago Viturera. Dio algunas conferencias, una de ellas, sobre la obra de Figari, ilustrada con diapositivas, me impresionó y tuve muchas ganas de ir a Montevideo para ver las pinturas originales. Esto se hizo posible en 1960, cuando mi amigo y colega Walter Wey, agregado cultural de nuestra embajada y director del Instituto Cultural Uruguayo-Brasileño (Icub), me llevó a la casa de una de las hijas del gran pintor, que tenía muchos cuadros del padre.

*¿Cómo recibió la invitación de la Universidad de la República para participar de los cursos de verano?*

En ese tiempo se había firmado un convenio entre las universidades de Montevideo, Buenos Aires y Santiago de Chile para realizar cursos de verano, un año en cada lugar, y creo que solían invitar a algunos estudiantes y profesores de otros países latinoamericanos. En 1959 Lourival Gomes Machado estuvo en Montevideo dictando conferencias y el gran rector Mario Cassinoni le pidió que sugiriera nombres para el curso de verano del siguiente año, que sería allá. Lourival recomendó al profesor João Cruz Costa, de Filosofía, y a mí. Recibí la invitación con el tema ya prestablecido: «Unidad cultural de América Latina». Yo no estaba preparado,

no tenía conocimientos suficientes, pero sentí que era la oportunidad para cumplir el deseo de conocer la ciudad que había sido tan importante en la vida de mi padre. Acepté, hice lo que pude, que podrá ser evaluado por lo que me dijo el coordinador de los cursos, José Pedro Díaz, con toda franqueza: mi curso era interesante en cuanto al método, pero revelaba conocimientos limitados. Como ve, «dio en el clavo».<sup>3</sup>

Pero los estudiantes quedaron conformes y establecí con ellos buenas relaciones, a pesar de la lengua. Cuando llegamos, el rector Cassinoni nos dijo: «Ustedes, por supuesto, van a hablar en español». Respondimos que no, y él observó que los estudiantes no entenderían el portugués y sugirió: «Hagan como su colega Lourival Gomes Machado, quien inventó una lengua llamada hispanogués». Eso hicimos, pero en la última clase informé a los alumnos que no podría cometer el crimen de hablar en aquella lengua macarrónica sobre la obra de un autor aún poco conocido fuera de Brasil, Guimarães Rosa y su libro *Grande sertão: veredas*. Hablé pausadamente y todos comprendieron.

A propósito de la lengua, un paréntesis divertido. Yo estaba dando la primera clase a un auditorio numeroso, cuando avisté en el fondo del salón, muy atento, a Vinicius de Moraes, quien ejercía como vicecónsul de Brasil en Montevideo. Terminada la clase nos encontramos alegremente como viejos amigos. Me preguntó cuál era el horario futuro del curso, se lo informé, pero le dije que con seguridad no volvería, a lo que respondió: «Voy a venir a todas las clases. ¿Te parece que me voy a perder el espectáculo de oírte hablar en esa lengua?». Pero no cumplió la amenaza.

3 Utiliza la expresión coloquial «*acertou na mosca*».

El profesor Cruz Costa era amigo de Arturo Ardao, cuya familia nos recibió con encantadora cordialidad. En una cena en casa de sus padres probé por primera vez un vino uruguayo. Aprendí mucho sobre la historia de su país con la hermana de Ardao, María Julia, y una de sus colegas, cuyo nombre olvidé, las dos investigadoras en la Casa de Rivera.<sup>4</sup> Pude conversar con el director del Museo Histórico Nacional, Juan Pivel Devoto, con quien comenté el libro entonces reciente de John Street, *Artigas and the Emancipation of Uruguay*, que yo acababa de leer.

Además de reencontrarme con Cipriano Viturra hice buenas relaciones con diversos intelectuales, como José Enrique Etcheverry y Tabaré Freire. El último me regaló sus trabajos sobre Carlos Reyles y Javier de Viana. Montevideo tenía excelentes librerías donde no solo compré muchos libros de autores uruguayos, como los de Alberto Zum Felde, que me fueron muy útiles, sino también de brasileños del pasado, difíciles de encontrar aquí.

*En ese momento Ángel Rama no era profesor de la Universidad. ¿Cómo entró en contacto con él?*

Lo conocí en casa de José Pedro Díaz, en una reunión a la que nos invitó al profesor Cruz Costa y a mí. Allá estaban Ángel y su esposa Ida Vitale. Simpatizamos inmediatamente. Antes yo había conocido a su hermano Carlos (con quien me

4 Debe tratarse, casi seguramente, de Aurora Capillas de Castellanos (Montevideo, 1915-1999), quien era investigadora titular en el Museo Histórico Nacional y llevó adelante varios trabajos conjuntos con María Julia Ardao, como la monumental *Bibliografía de Artigas* (1953).

encontré más tarde en Francia) en una reunión en casa del simpático director de la Alianza Francesa, creo que también agregado cultural de la embajada de su país en Uruguay. José Pedro y su esposa Amanda Berenguer me dieron sus libros, así como números de *Entregas de la Licorne*. Leí con interés la tesis de José Pedro sobre Gérard de Nerval y su libro sobre Gustavo Adolfo Bécquer. Nunca más volví a verlos, como tampoco me reencontré con Ida Vitale, poeta de buena calidad, cuyo segundo marido, el poeta Enrique Fierro, fue alumno mío en el curso de verano.

Ángel fue uno de los hombres de mayor magnetismo personal que conocí. Poseía una llama interior que envolvía y contagiaba a su interlocutor o a su oyente. Me invitó para colaborar en *Marcha* (lo que no hice) y de inmediato me remitió regularmente el semanario cuando volví a Brasil, aparte de mandarme volúmenes de literatura uruguaya. Mantuvimos correspondencia, y no me olvido de lo que me dijo en la ocasión: que la tarea mayor de los intelectuales latinoamericanos era trabajar por el intercambio entre nuestros países, y que él pretendía dedicarse a eso. Muchos años después informó que había desarrollado el interés por la literatura brasileña debido a nuestro encuentro en Montevideo.<sup>5</sup>

5 Ver *Un proyecto latinoamericano (Correspondencia de Ángel Rama y Antonio Candido con un anexo con la correspondencia de Gilda de Mello e Souza a Rama y un texto inédito de Candido)*, Montevideo, Hum/Estuario, 2016. (Traducción de las cartas de Candido al español por Amparo Rama Vitale con la colaboración de Santiago Flo. Revisión de Pablo Rocca). En portugués: São Paulo/Rio de Janeiro, Editorial da Universidade de São Paulo/Ouro sobre Azul, 2018. [Edición, investigación, prólogo y notas de Pablo Rocca]. El volumen contiene, como anexo, el discurso que el profesor Antonio Candido pronunció en la Universidad de la República el 21 de



En 1965 nos encontramos en un coloquio en Génova. Cuando Rama estaba dirigiendo la Biblioteca Ayacucho, en los años setenta, promovió una reunión en Caracas a la que invitó a participar a Caio Prado Júnior y a mí. Caio, a quien la dictadura militar había mantenido preso por más de un año, no consiguió la visa para salir del país. Yo me solidaricé con él y no quise viajar. En 1973 nos encontramos en un encuentro de literatura comparada en Canadá y pronto Ángel fue invitado, el mismo año, por sugerencia mía, para dictar conferencias en la Universidad de São Paulo. Vino en diciembre con Marta Traba, quien se hizo amiga nuestra.

Las exposiciones de Ángel fueron aquí un éxito estruendoso. El gran auditorio estuvo siempre lleno y rara vez vi un fenómeno igual de comunicación con el público, que parecía electrizado. A esa altura estábamos publicando la revista *Argumento*, que la dictadura militar asfixió en el cuarto número. Ángel y Marta se interesaron por nuestra tentativa de resistencia por medio de la revista, participaron de reuniones del comité de redacción y nos dieron algunos artículos que salieron en los números 3 y 4. Para esquivar la represión pensamos en hacer una publicación bilingüe fuera de Brasil, involucrando escritores latinoamericanos. Ángel se interesó por el proyecto, que al final no prosperó. En 1979 me invitó a participar de un encuentro en el Wilson Center, pero surgieron problemas y no pude ir, por lo que envié un texto que fue

---

septiembre de 2006, cuando la Universidad oficial de Uruguay le otorgó el título de Doctor *honoris causa*, el primero que recibió fuera de Brasil. Se trata de un repaso de sus relaciones con Uruguay en el que comparecen varias informaciones de esta entrevista-cuestionario.

leído por Roberto Schwarz. En 1980 estuvimos juntos en México, en un congreso organizado por Leopoldo Zea. Creo que el mismo año él vino a un encuentro en la Universidad de Campinas, a la que volvió a fines de 1983 a una reunión coordinada por Ana Pizarro, como etapa inicial para la preparación de la obra colectiva dirigida por ella sobre literaturas latinoamericanas.<sup>6</sup> En 1982 hubo, para el mismo fin, una reunión en Caracas a la cual no pudo comparecer porque le negaron la visa en los Estados Unidos. Protestamos todos, y de vuelta en Brasil escribí un artículo en el mismo sentido.<sup>7</sup>

6 Ana Pizarro (coord.): *América Latina: Palavra, literatura e cultura*, São Paulo, Memorial de América Latina, 1986.

7 Antonio Candido: «Angel Rama», *Folha de São Paulo*, São Paulo, 5 de enero de 1983. Hasta ahora este texto nunca fue reunido en volumen. Diez años después, Candido escribió la semblanza «O olhar crítico de Ángel Rama», publicado en el libro colectivo *Literatura é história na América Latina*, Lígia Chiappini y Flávio Wolf de Aguiar (eds.), São Paulo, EDUSP, 1993: 263-270. Luego fue reunido por Candido en *Recortes* (São Paulo, Ouro sobre Azul, 2004). Hay traducción al español de María Teresa Celada con el título «La mirada crítica de Ángel Rama», Antonio Candido: *Ensayos y comentarios*, México, F.C.E., 1995. El 26 de enero Rama le escribió a Candido, emocionado, por la lectura de este artículo: «Cuando leí lo de nuestro primer encuentro en Montevideo y reparé en la fecha, 1960, me vino una nostalgia y una chejoviana sensación del tiempo que ha corrido: me vi contigo en el último acto de *El Jardín de los Cerezos*» (Ver *Un proyecto latinoamericano. Correspondencia...*, Montevideo, Estuario, 2016, p. 141). El 27 de noviembre de 1983, en España, Rama moriría en un accidente de aviación. Recuperamos el texto de Candido, de 1983, en traducción para el semanario *Brecha*, Montevideo, No. 1644, 25 de mayo de 2017, p. 21.

*¿La correspondencia y el contacto personal con Rama fueron más continuos después de la salida de Rama de Uruguay?*

De hecho tuvimos más contacto después de que él debió dejar Uruguay a causa de la dictadura. Siempre me acuerdo de una carta de 1973 en la que habla del golpe en Chile, en la que decía: «En Chile se armó una inmensa ratonera, que atrapó lo que tenemos de mejor en América».

En la reunión de Campinas, a comienzos de octubre de 1983, Ángel y yo fuimos seleccionados para hacer el resumen y la sistematización de las discusiones, con vista al plan definitivo. Entonces nos vinimos a São Paulo y él se alojó en nuestra casa, donde trabajamos intensamente durante cinco días. Pero necesitábamos de una segunda sesión para el informe final. Acordamos que a comienzos de 1984 yo iría con esa finalidad a París con mi mujer, y nos quedaríamos en su apartamento.<sup>8</sup> Más de un mes después sobrevino la catástrofe.

Su última estadía aquí fue muy agradable. Visitamos casas de amigos comunes, él hizo fotocopiar diversos libros de mi biblioteca y compró otros, con su gran avidez de conocer siempre más y más. Me acuerdo que salimos juntos un día con Jorge Schwartz y él adquirió la edición de Aguilar de las obras de Machado de Assis, a quien consideraba el mayor novelista latinoamericano del siglo XIX, siendo el mayor poeta, en su opinión, José Hernández.

*Rama conocía muy bien la literatura hispanoamericana en ese año 1960, y usted, naturalmente,*

<sup>8</sup> Gilda de Mello e Souza (1919-2005), notable intelectual, especialista en Mário de Andrade, con quien además estaba emparentada por línea directa.

*te, la brasileña. ¿Usted tenía amplias lecturas hispanoamericanas en ese momento?*

Empiezo por el comienzo. La biblioteca de mis padres era buena, pero casi no tenía libros hispanoamericanos. Aparte de los libros uruguayos que cité había algunos argentinos contemporáneos. Mi padre (quien murió relativamente joven) admiraba el *Facundo* y mi madre era lectora de *Las lenguas de diamante*, de Juana de Ibarbourou. A partir de cierto momento, tal vez en 1938 o 1939, argentinos y uruguayos comenzaron a pasar sus vacaciones de invierno en Poços de Caldas, una suerte de *season* ríoplatense. Algunos eran pacientes de mi padre, volvían año tras año, establecieron relaciones con mi familia y acostumbraron a dar y a mandar revistas y libros de sus respectivos países. Así pude leer muchos números de *Nosotros*, dirigida por Roberto Giusti, como si fuera una iniciación a la literatura argentina. En los años cuarenta, ya en São Paulo, leí bastante la revista *Sur*. En la década siguiente me sumergí más o menos a fondo, por primera vez, en las literaturas latinoamericanas de lengua española, estimulado por una novela y un ensayo político: *Nostromo*, de Joseph Conrad, y *Les démocraties de l'Amérique Latine*, de Francisco García Calderón. Adquirí entonces un relativo conocimiento de la historia y la cultura de nuestra América gracias a la admirable colección Tierra Firme, del Fondo de Cultura Económica, que funcionó como gran empresa de aproximación mental entre nuestros países. Para mí, fue un manantial inestimable.

Por lo tanto, cuando viajé a Uruguay ya tenía algún conocimiento que me posibilitó organizar lo mejor posible el curso sobre el tema que me habían indicado. En los años sesenta tuve otra etapa de lectura intensiva, esta vez acicateado por

el libro de Luis Harss, *Los nuestros*, que me reveló la narrativa del boom. Pero nunca tuve en relación a las literaturas latinoamericanas el conocimiento y la familiaridad que Ángel tuvo con la brasileña.

*¿De veras era tan profunda?*

Sí. Era sorprendente. Voy a dar un único ejemplo. En la década del setenta me pidió que hiciera una lista de los títulos brasileños para la Biblioteca Ayacucho. La hice, y más tarde Darcy Ribeiro intervino proponiendo otros títulos, entre los que estaba una selección de escritos de Sílvio Romero. Estuve de acuerdo, pero Ángel aceptó con cierta reluctancia, comentando en una carta: «A mí no me simpatiza Sílvio Romero por el libro que escribió contra Manuel Bomfim».<sup>9</sup> Bien: el libro de Manuel Bomfim (de 1905) en ese momento era poco conocido en Brasil, y el de Sílvio casi ignorado, pues es obra menor que ni los especialistas leen.

*¿Rama estimuló su frecuentación a la literatura hispanoamericana?*

Creo que hablamos poco al respecto. Pero él fue el responsable de mi ensayo más conocido en la América hispánica, ensayo que me llevó a profundizar las lecturas en el área. Sucedió así. En 1968 estuve como profesor visitante en la Universidad de Yale, donde ofrecí, entre otros, un curso de literatura comparada titulado «La representación del espacio en la ficción

9 Se refiere a la carta remitida desde Caracas el 17 de marzo de 1977, en la que Rama dice acerca de Sílvio Romero: «En Stanford pude leer el volumen de respuesta a Bomfim, que me dejó consternado: me resultó pretencioso, arrogante y errado. No sé tu pensamiento, pero me parece mucho mejor el libro de Bomfim». (Ver *Un proyecto latinoamericano...*, p. 107).

naturalista». En él figuraron *Doña Bárbara*, de Rómulo Gallegos, y *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, novelas de segundo orden y bastante aburridas, pero no tuve el coraje de abordar libros del boom, respecto de los cuales aún no me sentía seguro. A esa altura ocurrió un encuentro promovido, creo que en México, por la Unesco a fin de planificar el volumen que se tituló después *América Latina en su literatura*. Parece que me invitaron, pero no recibí la comunicación en Yale. En esa reunión, al distribuirse las tareas, Sérgio Buarque de Holanda propuso mi nombre para determinado tema, pero Ángel (que era su amigo) intervino diciendo: «Para Antonio Candido tengo un tema: Literatura y subdesarrollo». Sérgio asumió entonces el compromiso en mi nombre, y yo, para no desautorizarlo, acepté a disgusto, porque me pareció que la tarea era muy superior a mis posibilidades. Lo curioso es que ni Ángel ni Sérgio, que trabajaron en la elaboración del plan general, colaboraron en el volumen, pero me hicieron colaborar.<sup>10</sup>

Puedo decir que fue el artículo que me dio más trabajo de todo lo que escribí. Trabajé en él doce meses para ajustarme al difícil tema y reunir las informaciones, pero en ese proceso profundicé bastante mi conocimiento. El resultado debe haber sido satisfactorio, porque el coordinador del volumen, César Fernández Moreno, lo publicó en traducción francesa en los *Cahiers d'Histoire Mondiale* antes de que saliera el tomo, y además lo hizo reproducir en el *Correo de la Unesco* en varias lenguas.

*¿De esa experiencia de trabajo salió la noción de «super-regionalismo» o es anterior? ¿Entiende*

10 César Fernández Moreno (coord.): *América latina en su literatura*, México, Fondo de Cultura Económica/Unesco, 1972.



*que este concepto prefigura el concepto de «transculturación» que Rama reinventa en sus últimos trabajos sobre narrativa latinoamericana?*

En cuanto a la primera pregunta, la respuesta es afirmativa. En cuanto a la segunda, creo que él dio una formulación más completa y esclarecedora en el problema que traté de caracterizar como «super-regionalismo». Es su teoría de la fusión de los «dos modos» una contribución de gran originalidad, a mi modo de ver la más perfecta formulación sobre el asunto. En el ensayo titulado «O olhar crítico de Ángel Rama» [«La mirada crítica de Ángel Rama»] termino sugiriendo cómo fue más allá de lo que yo había propuesto: «Eso (la fusión de los “dos modos”) fue sin duda una creación propia de nuestro universo literario, y al definirlo tan lúcidamente Rama dio una formulación madura y superior a puntos de vista que habían sido percibidos por otros (para el caso, yo) de manera parcial e incompleta, y nunca habían sido expuestos con originalidad, fuerza integradora y capacidad explicativa tan fuertes».

*¿Durante su estancia en Yale conoció al crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal o lo había tratado antes?*

No. Cuando estuve en Montevideo Walter Wey me habló bien de él, pero no lo vi porque estaba en Inglaterra. Lo conocí ligeramente en 1965, en el congreso del Columbianum, en Génova, al cual ya hice referencia. Pero creo que ni llegamos a conversar. Sin embargo, tiempo después, en 1968, tuve alguna interferencia en su destino del siguiente modo: en Yale, mi gran amigo Richard Morse, historiador especializado en la América Latina, profesor allá, me dijo que

estaban pensando en invitar a Monegal, pero el problema era que él no tenía doctorado, y me pidió opinión. Yo le dije que la elección me parecía excelente, y que la falta del título correspondía a los hábitos académicos de Uruguay, donde ese grado no era requisito, según yo mismo lo había verificado cuando di el curso de verano en 1960. Morse me preguntó si podría explicar eso oficialmente por escrito, para que sirviera de elemento auxiliar en la decisión de los responsables, y yo entonces hice un informe. Poco después Rodríguez Monegal fue invitado, claro que no por causa de mi opinión, puesto que había elementos más importantes de convicción y él tenía un gran prestigio.

*¿Esa recomendación fue el comienzo de una amistad o de una mala relación? La pregunta no es inocente, sino que se apoya en la gran distancia personal que había entre Rama y Rodríguez Monegal.*

Nunca supe si Monegal fue informado de mi intervención. En cuanto a su relación con Rama, sé que era tensa, pero los vi tratarse de manera civilizada en el congreso de literatura comparada de Canadá, en 1973, cuando nosotros tres y otro colega brasileño integramos una mesa sobre narrativa. En esa oportunidad conviví un poco con Rodríguez Monegal, y era una buena compañía. Luego vino más de una vez a São Paulo y nos encontramos, siempre cordialmente; pero nunca fuimos amigos y pude observar desde Génova que sus posiciones políticas no coincidían con las mías ni con las de Rama.

Asistí a algunas clases que dio en la Universidad de São Paulo. Su manera de exponer era brillantísima, condimentada por el sentido del humor, aunque un poco histriónica. Yo me dije:

«Uruguay tiene profesores extraordinarios». Leí algo de él, en especial sobre Borges, y creo que sin duda es un crítico de valor, pero carece de la originalidad y la fuerza de pensamiento de Ángel. En 1973, por invitación suya, dicté en Yale unas conferencias y di algunos seminarios.

*¿Cuándo entró en contacto con la obra de Borges?*

Creo que las primeras referencias tuyas las tuve en las revistas argentinas que recibía mi padre, y más tarde en *Sur*, pero lo cierto es que no le presté atención hasta que, en 1961, una profesora argentina que asistió a un curso mío sobre teoría de la novela me regaló *Ficciones*, que fue para mí una revelación. Por esa época, Décio de Almeida Prado me habló con entusiasmo de Borges y empecé a leerlo en los pequeños volúmenes grises de la editorial Emecé. Es un escritor fascinante, pero debo decir que no tengo por él la admiración casi fanática que despertó en Brasil. Aun a riesgo de decir una herejía, pienso que es un gran escritor menor. Pude conversar con él en una cena, cuando vino a São Paulo para recibir un premio.

*Usted llegó a la antropología antes que Ángel Rama, quien se aproximó a este saber alrededor de 1970. Pienso en Os parceiros do Rio Bonito y en tantos artículos en los cuales trabaja con ideas y nociones de origen antropológico.*

La sociología y la antropología están en la base de mi formación universitaria, porque soy licenciado en ciencias sociales y políticas, y el libro que menciona fue mi tesis de doctorado. Aunque haya sido asistente de sociología durante dieciséis años, practicaba al mismo tiempo la crítica literaria, al principio con un fuerte cariz

sociológico y aun político. Obtuve también un doctorado en letras en un concurso de literatura brasileña, de modo que por mucho tiempo tuve un pie en cada lado,<sup>11</sup> hasta que a partir de 1958 pude cumplir el viejo deseo de transferirme al sector universitario de letras, gracias a este segundo título.

Nunca me consideré sociólogo, apenas profesor de sociología durante un tiempo, y en verdad la antropología me atraía más. En particular la antropología social inglesa. En mi juventud, de 1930 a 1940, la sociología era aquí una disciplina de punta, que parecía servir como llave de todo. Yo entonces opté por las ciencias sociales, porque deseaba entender bien la sociedad brasileña y porque me pareció que las dos me situaban cerca del socialismo, pero la literatura fue siempre mi campo predilecto. Yo afrontaba la sociología más como «punto de vista», algo que me ayudó a ver la producción literaria en su intersección con la sociedad. La dimensión social me interesa, pero a pesar de lo que muchos piensan y dicen, no soy un «crítico sociológico», porque trato de alternar los instrumentos según la naturaleza de los textos.

De la antropología extraje las nociones de estructura y el principio estructural, pensando sobre todo en los conceptos de Radcliffe-Brown. Estructura para mí no es lo mismo que para los estructuralistas, sino el equilibrio dinámico de las relaciones internas del texto, que forman la sustancia de la capa aparente. Vista en la dimensión de la historia, la estructura podría ser concebida como sistema, que veo como algo diferente del uso de esta palabra por parte de los formalistas

11 El profesor Candido dice: «teve os pés em duas canoas, como dizemos aqui».

rusos, esto es, no como algo intrínseco a la obra, sino como un concepto externo, válido para comprender la literatura en cuanto conjunto de obras. Traté de aplicar este concepto en *Formação da literatura brasileira* [1959 y ediciones sucesivas] y casi siempre fui mal interpretado. Ángel Rama fue de los pocos que entendieron lo que quise hacer, y además utilizó muy bien la noción.

*¿Llegó a conocer la obra de Raymond Williams por esos años, obra que Maria Elisa Cevasco acaba de comparar con la suya?*<sup>12</sup>

No conozco ese estudio. En 1983 Beatriz Sarlo me habló de Raymond Williams, y me dijo que mi trabajo era parecido al de él. Yo le contesté entonces la verdad: nunca había oído hablar de ese autor. Por lo tanto, si hay semejanzas será, como dicen las advertencias de los filmes, mera coincidencia. Como dije, mis lecturas son anticuadas, porque muy tempranamente clausuré mi curiosidad por las ideas y los autores nuevos. Fuera de eso, pienso que, una vez elaborada, nuestra perspectiva debe mantenerse si continúa sirviendo a nuestros propósitos.

*¿Cómo fue su trato personal con Mário de Andrade?*

Lo conocí a comienzos de 1940. Lo visitamos en su casa con Décio de Almeida Prado y Paulo Emilio Salles Gomes llevados por nuestra colega

y amiga Gilda de Moraes Rocha, con quien me casé a fines de 1943, y con quien vivo hasta hoy. Mário vivía en la residencia de su madre, donde Gilda empezó a vivir a los diez años cuando vino a estudiar a São Paulo, porque su familia era del interior. El padre de Gilda era primo de Mário de Andrade y ahijado de su madre.

Nunca conviví con él, pero era una persona accesible y cordial que recibía generosamente a los jóvenes. Nuestras relaciones eran formales, pero él me estimuló más de una vez antes de la muerte precoz, que lo encontró a comienzos de 1945. Era alto, quizá de un metro ochenta y seis u ochenta y siete, *amulado*, feo, algo afectado. Dormía poco y trabajaba mucho; poseía una gran cultura y una enorme biblioteca, hoy en poder de la Universidad de São Paulo junto con sus papeles y colecciones de arte. Por aquellos tiempos estaba preocupado con el deber social de los intelectuales y bastante inclinado hacia la izquierda. Algunos años antes había cumplido un raro ejemplo de actuación pública cuando ejerció como director del Departamento de Cultura de la municipalidad de São Paulo, durante tres o cuatro años, al cabo de los cuales transformó la vida cultural de la ciudad en direcciones al mismo tiempo refinada y popular. Tal vez haya sido el escritor brasileño con actuación más creadora y profunda en este campo, y era, sin duda, cuando murió, la figura más importante de nuestra literatura, solo comparable a la de Machado de Assis antes que él. Después de su muerte me correspondió la tarea de publicar su último libro de poemas, *Lira paulistana e Carro da miséria*, aparte del volumen póstumo *Contos novos*. ©

12 Maria Elisa Cevasco: «Dois criticos literários», en *Margens da Cultura*, Benjamin Abdala Junior (org.), São Paulo, Boitempo Ed., 2004, pp. 135-158.